

LAS ISLETAS

Carlos A. Bravo



La ciudad que quiero describir no fué hecha por manos de hombres. La hizo la Naturaleza, es la cresta de un volcán despedazado y hundido entre las aguas del Gran Lago. Se pierde la imaginación en la sucesión de siglos buscando el tiempo cuando sucedió el hundimiento de la montaña que comenzando en el Momotombo terminaba en el Orosí, siguiendo la cordillera guanacasteca.

Todos opinan. Opinar puede cualquiera. Han leído las piedras, las han desmenuzado, han buscado el origen del cataclismo.

Karl von Saaper cree que las isletas son derrumbes del Mombacho.

Seebach lo niega. Sea lo que fuere, allí está el espectáculo incomparable de 533 islas al pie de la mejor estribación del Mombacho, como canastitas de flores, con

pedazos de naturaleza entre las aguas purísimas del lago de las maravillas!

Cerca de las isletas hay zonas de agua superpuestas de temperaturas diferentes. Hayes apunta el fenómeno de origen volcánico.

El Mombacho, que preside el paisaje encantador de las isletas en una atmósfera de serenidad, dice Mierich que fué el autor de ellas. Vomitó lava hacia el Occidente en cantidad tan fantástica que con ellas se pudiera rellenar el lago. Pero es un abismo tan inmenso el del lago, tan incolmable dice Belt, que no lo cegaron ni las lavas de 14 volcanes que le rodean. Fué un duelo a muerte en un período en que hervía Nicaragua, en que detonaban la piedra, el árbol, el agua, el volcán. Explosiones tremendas que deformaban la tierra.

Todavía queda por Las Balsillas la rareza del hidrógeno supurado. Cuando seca demasiado el lago las mariposas del vapor *Victoria* lo agitan y se producen llamas, una hoguera, un incendio. El barco lucha por salir del infierno, los pasajeros gritan, creyendo que es una cosa de encanto, algo luciferino, y desde una lancha que pasa parece aquello una viñeta de Gustavo Doré, una ilustración del Infierno. Es un fenómeno de combustión química. Del fondo de las aguas surgen las llamas . . . Todo eso hiere la imaginación de los marinos, que son gentes sencillas.

Cuando todo se rompía, cuando se deshacía la vieja Nicaragua surgió la ciudad de cuento oriental, con sus canales y su vida nueva. Nadie le puso nombre. Vivía como oculta en un recodo del lago, al pie del Mombacho. Cuando fueron desalojados y perseguidos los indios Chorotega que poblaban Xalteba se fueron a las isletas y ocuparon Playa Grande, La Playita y Chocote. Allí han vivido 4 siglos de lo que el lago les dá: frutas en los pedacitos de montaña y peces en las aguas. Es un tipo de indio que ha venido labrando poco a poco el tiempo y las necesidades de la vida. Es un indio sumiso, sometido al rigor de los días, sin ayuda de afuera, sin elementos de mejoría. Sabe leer, porque sí y escribir también, porque sí.

Los hombres que viven de la pesca son pacientes, calmosos. Han aprendido a esperar. Se acomodan en el banco del bote, entre el zacate de la orilla de una isla, escupen la carnaza, echan el anzuelo, de cuando en cuando hacen un ruido peculiar en el agua, imitando el rebullir de un pez, y siguen esperando: Esperan siempre.

Me imagino a un isleño que tira del anzuelo, hay algo muy pesado, cree que es un sávalo real, llama a otros en su auxilio, el bote se ladea, y sale de pronto la sirena que quería el magnífico poeta hondureño.

El pescador tiene su filosofía personal, su parche de filosofía. El piensa: el pez sentirá hambre, buscará qué comer: vé la carnaza, se la traga, y no hay más que tirar de la cuerda. Mientras, a él —al pescador— lo que le toca es esperar y como está bajo la espesa sombra de un árbol, en el remanso fresco, espera sin pensar en nada. Me parece que un escritor pescador pudiera ocupar su tiempo y mientras llega el pez hambriento urdir la trama de una novela, o crear un poema.

El isleteño tiene la mente dormida, no se emociona, no conoce la complejidad de los caminos, las mil y mil cosas en que se piensa, los panoramas que se suceden en la mente mientras se anda. El diálogo que se llevan el que camina y el hombre interior. Un árbol caído, una quebrada, una mujer linda que cruza, si es en la calle, pueden dar un curso nuevo a los pensamientos.

El hombre de bote no anda, se hace llevar. No entra en calor espiritual, casi no piensa. No vé el paisaje,

él no tiene horizonte, como dicen los pintores. Alma de aguas muertas! No conoce la Naturaleza y sin embargo vive en ella. El agua le disolvió su alma. Es un pez. Pero, el pez piensa y siente y debe de gozar. Sale a la superficie, saca medio cuerpo, vé lo que hay, se zambulle haciendo burbujas en el agua como si se metiera riendo de lo que vió o de lo que huye. Se ríe del aspecto horrible del tiburón al que teme. (Muchas veces el hombre hace lo mismo!)

De la Naturaleza el isleteño sólo conoce el icaco, de piel sonrosada y simple, y el mango de dulcísimo sabor que le da la vida, pero su fruta predilecta es el coco. Hay miles de cocoteros que dan a todo aquello el encanto tropical. El coco tiene la impasibilidad, la dureza del modo especial del indio. Es el árbol de mayor belleza y a la luz de la luna tiene un encanto único.

El chontaleño tiene su vaca, el isleteño su cocotero, aquél su caballo, éste su bote. El chontaleño va con el hijo pequeño en ancas, el isleteño lo lleva en el banco delantero del bote. La canción de cuna del chontaleño:

*"En la plaza del cielo
allí juegan toros
el corral es de plata
y el cojo de oro".*

La del isleteño:

*"En el bote pequeño
me voy a pescar
a coger una estrella
a la orilla del mar".*

Son dos modalidades diferentes, dos hombres distintos. En Nicaragua cada departamento pinta de una manera aislada. El hombre de la Costa Atlántica es único, su vida, su pasado, su lengua, sus pasiones. La región misma es otra. Cuando va uno en avión, se siente cuando el animal entra a la zona de la montaña atlántica. Se ve la cresta apretada, negra de tan verde. El verde intenso dá obscuro. Recuerden la cortina en la Venus ticianesca, en aquel cuadro en que compite el terciopelo de todo con el del cuerpo de la mujer extendida. Aquí era lugar de cruce para los aventureros. Llegaban de España, atravesaban por el San Juan para Panamá, para Castilla del Oro extremeños, andaluces, gallegos, caballeros, ladrones, renegados, santos, audaces, hiperbólicos, mentirosos, fieles, leales, hombres como Hernán Sánchez de Badajoz que no sabía escribir, o como el Benzoní que llevaba en la maleta los originales de la *Historia del Mundo Nuevo*. Como el Padre Las Casas que escribía un libro, mientras pensaba otro, o como Pizarro que con una mirada mandaba a su gente, o Pedrarias devoto y cruel: Por eso el alma del nicaragüense es tan compleja, tan múltiple; tiene de todo con el sedimento fundamental de la tierra indiana,

con el panorama de la Naturaleza americana como base inicial. Es curioso el hombre de esta tierra. Es digno de estudio la influencia de la Naturaleza, de las cosas suyas en el alma humana.

Yo--por ejemplo. Soy apático, tardío a veces, difícil para actuar. Otras, rápido, violento, pronto. Es que nací en el pueblo de San Carlos y actúan el lago y el río San Juan que forman parte de mi alma. El uno extendido, estático y el río rebosante y fugitivo, destrozándose, deshílachándose en las piedras de los raudales. Hasta siento a ratos estos dolores de las piedras quebrando el cristal de las aguas allá en el río que se hizo parte de mi ser! Debe de ser interesante la Geografía espiritual de Nicaragua, la descripción del paisaje que tiene adentro cada tipo de hombre y la influencia que ejerce el medio.

Hombres con alturas cercanas, con volcanes, pero secos por la carencia de agua como los leoneses, hombres de llanura, de sabanas aireadas como los neo-segovianos, hombres de aguas cambiantes como los de las cuencas de los lagos, hombres de tierras inundadas como los de las cuencas de los lagos, hombres de tierras inundadas como los de la región atlántica. Todos con almas diversas, diferentes, con sentimientos extraños, pero con el sello original de la tierra, con esa infantilidad presuntuosa que caracteriza tan bien al nicaragüense.

El isleteño es hombre húmedo, hombre de agua, pero de agua estancada. Sólo asomándose al Lago por los intersticios de las islas ha visto la hermosura trágica de una tempestad. En los canales, en las callecitas el agua está dormida, como muerta. Así es el alma de los hombres de las isletas. No tiene montaña, son hombres-

islas, pedazos de alma, *homúnculos*. Une en su juicio verdades sin relación. Echa sal en la tierra al sembrar un cocotero para librarlo del rayo. ---Qué tiene que ver la sal con el rayo?

No vé que la sal es sagrada y que se la ponen en el bautismo?

Puede replicársele, discutirsele, desaprobársele; él no se altera, ni insiste: restriega una hormiga con el pie, arranca una hoja, se compone el sombrero, pero no contesta.

Vive solo, lo más del tiempo echado sobre un pedazo de bote o sobre una piedra, o espera junto a un fogón mísero que ni calienta ni alumbra, que ni proyecta siquiera la sombra del hombre sobre nada. Espera que llegue la mujer de regreso de Granada en el bote con la venta del pescado o la fruta. Hay que esperar siempre, esperar a la mujer.

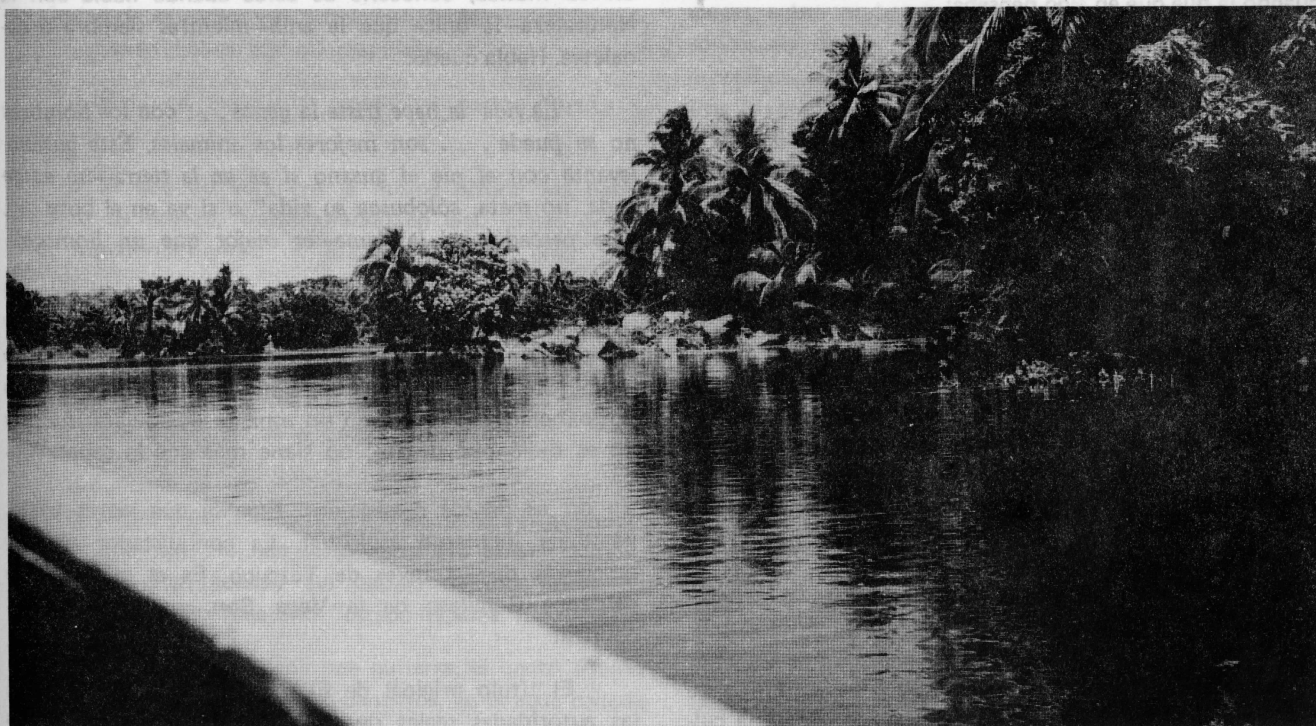
Me preguntó un indio socarrón:

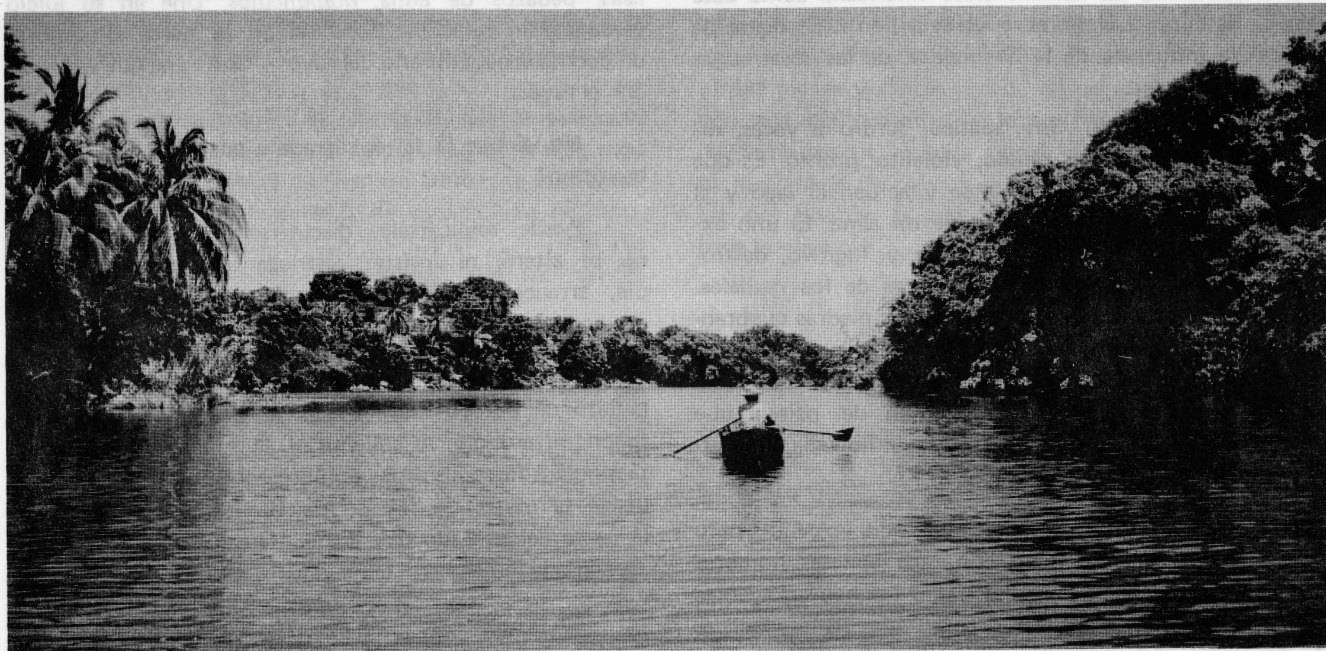
---Y usted no la espera, también?

Ví sonreír un pescado que descamaban para el almuerzo.

El amor no sabe dónde quedan las isletas. Allá viven hombre de cuerda, mecánicos como juguetes.

que hay muchachas bonitas como Juanita Orozco, con ojos color de oro fogueado, un color que se vé a veces en el Poniente cuando el sol se ha ido hace rato y quedan rastros de luz de varios colores en un fondo nacarado.





Casi todas las tardes está ese color en el Oeste entre 6 y 6 1/2.

Candelaria Lanuza, de Playa Grande, de 16 años. Tiene en la cara, por los ojos, o por la boca algo indefinible, una como resignación, o como inquietud por algo que esperara y que ya tarda. Si ve pasar un pájaro se inquieta, cuando oye el chapoteo de los canaletes en el agua se sobresalta, se aviva la vida en los ojos. Espera al Príncipe que ha de llegar en un airoso bote, de 4 remos. Ella misma dice que no sabe lo que espera, pero sonrió cuando la dije que en algo pensaba:

*"Piensa acaso en el príncipe
de Golconda o de China?"*

Jacobina Altamirano es morena, los ojos negros. La mano fina. Se tira al agua en lo más profundo y dilata zabullida; coge los peces con las manos, se bebe un coco dentro del agua, se sienta en las aguas como si fueran de cristal de roca, y se burla de los tiburones y de los lagartos. I tiene horror a un indio que está enamorado de ella.

Pero, qué raza de gente es ésta que no piensan ni sienten, y que viven 100 y más años? Inés Abarca murió de 100, José Canales de 105, Teodoro Obando de 98. Deometria Vanegas de 101, rema y pesca todos los días.

Hasta a los que llegan de afuera alcanza la negra desgracia de la longevidad, porque Dominga Briceño buscando un rincón donde esconder la vergüenza de un amor desventurado vivió en Las Isletas 100 años y se hizo india isleteña de canaleta y anzuelo. El veneno de la cul-

tura, el ácido corrosivo de las pasiones, el amor y el odio, es lo que acaba con la vida. La inquietud espiritual es un veneno estilo renacimiento que mata lentamente sin dejar huella.

Cree Ud. que el indio no padece de esa inquietud?

Talvez más honda e intensa, porque tiene menos derivados, es menos superficial. Cuando siente es sincero y él padece de una nostalgia de siglos. Es permanentemente triste en sus manifestaciones. Hay que verle bailar, oír su música, conocerle de cerca cuando habla con la Naturaleza--la única que le ama--mientras siembra o canaletea. Habla quedo:

"La vida la hace triste la gente . . . con los hombres no se puede . . . son mejores los animales. Este gusano levanta con el pie el gusano si es en la tierra--no exige nada, no mata, sólobusca su vida" o si va en el bote . . . "ese pescado--así le llama--es mejor que un hombre".

Habla siempre a solas. Es un cultivador de la soledad pero sin estar fuera de ella, penetra en su divino interior como los místicos. Si hiciera versos el indio serían como los de San Juan de la Cruz. Sinembargo Fernando Alva Ixitloxochilt escribe como un español cualquiera. Es que no es indio por dentro, no tiene más que la caparazón.

Ya no es de los perseguidos. Fíjense que no es triste, no tiene inquietud espiritual. Es conquistador aunque descienda de los reyes de Tezcucó. Es el mismo caso del Inca Garcilaso de la Vega. Son españoles, de tez cobriza!

El título original de El Rayo es de 1,802 y en él las autoridades reales que las isletas son tierras baldías

en los que viven los indios Xalteva. Todavía existe un potrero llamado Tzompanco, lugar de entierro, cementerio.

El espectáculo de las isletas es único en el mundo. Son 523 y en cada una, entre arboledas de mangos, icacos y cocos está como oculto un rancho aunque mísero, pintoresco, el alma del paisaje. Es un pedazo de naturaleza en donde viven cerca de dos mil personas ignoradas de todos.

Una ciudad en el agua. Hay calles como de límpido cristal, canalitos ocultos por los ramajes a los que dá la luz de la luna un esmalte de ensueño, tortuosos canales entrecruzados que hacen una red de impresionante belleza, calles que llevan a *fiordios* lindísimos, a parques minúsculos, remansos de una serenidad nunca soñada rota apenas por el chapoteo de un pez que salta o por un lagarto abultado, o por el vuelo crugiente de una garza real.

El agua espejea. Copia los árboles, el cielo, las aves y el rancho que está allá en lo alto entre las grandes rocas parece como un anhelo de vivir suspendido entre el cielo y el agua, algo que quiere idealizarse.

No se vé el sol cuando se pone, pero la sombra del crepúsculo cuando llega y vuelve como figuras encantadas todo lo que toca, adquieren los hombres y las cosas contornos melancólicos y gratos. Hay horas que pesan en el alma, y aumenta esta dulcedumbre el canto de un pájaro rezagado que va para el nido, y se hace sombra el canto o toda la sombra se hace música de pájaro.

Después, cuando es el tiempo---la luna que sube por el cielo va poco a poco bañando con su luz de plata la ciudad de ensueño; y el árbol, la hoja, la piedra, la piedra enorme se vuelven como inmateriales.

---Esa roca, esa piedra grandísima parece de plata, decía un botero.

¡ lo que yo veía era la misma piedra que había perdido su dureza, transfigurando en algo suave, exquisito, inmaterial, como de luz de luna, un gran copo de luz!

En la choza entra esa luz argentina, se filtra dondequiera, y yo ví con mis pobres ojos de carne volverse todo lleno de gracia, hasta los cachorros más pobres, por el milagro de la luz de la luna.

La gente de las ciudades llega de día, recorre los canales alegre---con la alegría artificial---y baja para almorzar en una isla. No han visto nada. No tienen tiempo. Muy pocos han gozado del paisaje de una noche de luna allí. Si no es paisaje sino "estado de alma".

Se oye el rasqueo de una guitarra, el canto tímido de una mujer y se ven en los canalitos, en el agua callada

pedazos de cielo estrellado, estrellas palpitantes como si estuvieran en el fondo del agua. Pareciera que el bote caminara sobre una callecita del Cielo!

En la noche oscura la sombra de los árboles espesa la sombra, y a la luz que está encendida en el rancho corresponde otra que se copia en las aguas, y que se encoge y alarga cuando el viento hace ondular las aguas.

A lo lejos en lago abierto está El Amparo un corral de piedras fuera de las aguas. En las noches de luna se ve el reventar de las olas como si se deshicieran en millones de pedacitos blancos de cristales. A medio día--desde Granada--se ve blanquear de rutilante espuma el escollo: Es el pago del agua a la piedra. Cuando una alma buena se estrella contra la dureza de la vida repite la gracia de El Amparo: se deshace en alba espuma, y en gotas de líquido diamante.

Los indios que vivían en esta región hablaban el náhuatl. Era el griego indiano. Hay rastros. Hoy hablan un español falsificado.

De las isletas, la mayor es *La Guanabana*, la mejor es *El Mangón*. Se abre como una herradura y en el centro queda una bahía de incomparable hermosura, de aguas claras y blancas: Parece labrada en la piedra.

Piedra Mesa es lisa, limpia, la ola la barre. *El Peinetón* es dentado, una gran sierra de piedra en cuyos dientes dejan constantemente las aguas crenchas de espumas. *El Yanki* parece el membrudo cuerpo de un hombre bañándose eternamente. Nada ha podido la ola en siglos y siglos más que afinar las líneas del hombre de piedra. No hay trabajo más constante. A veces se sientan las garzas sobre el hombre de piedra y la ola les moja el sonrosado de las patas. En *El Tionoste* hay un tesoro escondido. Dicen que los bucaneros lo dejaron. Asustan. Los isleños ven luces que se deslizan, suenan conchas, gritan, llueve sólo allí, hablan alto en una lengua desconocida, se lamentan y rezan. Los botes aligeran el paso por *El Tionoste*. Se santiguan los hombres.

En *El Castillo* hay una fortaleza señorial, diminuta cubre la isleta. Se llama Fuerte San Pablo. Es de piedra de cantera. Todavía se ve la muralla. El tiempo ha venido quitando piedra a piedra, pero aún quedan vestigios de lo que hizo el hombre para defenderse de la fuerza, que le acechaba. Hay piedras que se ríen de la constante fuerza de la ola, y a la diaria embestida oponen la diaria impasibilidad. Se nace piedra para eso, para ser muralla de fortaleza o rompeola. La piedra aunque esté tirada en la calle, sin trabajo, es la concreción de la fuerza, de la oposición, de la lucha. Es un símbolo.

La Esperanza parece un recodo de ensueño, *El Paraíso* en donde hay manzanas-rosas y culebras, *Las Delicias*, *El Encanto*, *La Dicha* y muchas más con nombres

románticos, todas creadas por el Mombacho. El coloso estaba de fiesta cuando hizo las isletas!

La sabiduría del hombre de estos lugares es fruto de la observación! Conoce todos los peces, su vida, su historia, sus amores. Sabe cuándo están poniendo y dónde. *"Este pescado, dice, es terrible en el amor"*. Lo vé tan lindo. Lo tiene en la mano---*"pues cambia de color y de carácter cuando está enamorado"*. El indio tiene una nasa, una gran canasta sumergida como si fuera una jaula, con pescados, y goza con ellos, como si fueran pájaros.

"Cuando este pescado anda en amores ---continuó--- es bravo y no se deja tocar. En los ojos se le enciende el color. Hay veces que se encuentra un pez de estos, muerto, con la cabeza deshecha. Es que se mata él, dándose contra la piedra", y sonrío el indio. La vida es la misma dondequiera, iguales las pasiones en los hombres y en los animales. Este pez de que habla este indio, ama y cuando sufre el torcedor de los celos, y la amargura del desengaño se suicida. No puede ver al objeto de su amor en otros brazos, si me permiten usar esta palabra.

José Balbino Conde tiene 36 años de vivir con los peces. Su primer juguete fué un lagunero. El lo recuerda. Lo amarró y lo echaba a correr como el niño de la ciudad su papelote. Ahora los describe. Es un maestro hablando, maestro en su ciencia y goza cuando se le oye.

Me dió una conferencia. Yo he buscado y he encontrado siempre al hombre del ambiente, al maestro del pedazo de naturaleza donde he estado.

En Chontales a Juan Pablo Fernández el hombre de las sabanas, mitad caballo mitad hombre, que amaba todo con corazón franciscano, los caballos, las vacas y los perros; en Ometepe al indio Benvenuto Aguirre, huraño y bravo, entre las abejas al viejo Juan Jirón; en Las Isletas, entre los peces al indio José Balvino Conde. Todos con un pie del alma entre los animales ellos por el perfume de sencillez que tienen en el alma.

Es de José Balvino Conde la lección sobre los peces de Las Isletas. La hembra del *sávalo* real es cualquiera cosa, un pescado común. Estoy repitiendo su palabra ---alargado, blanco, pone en las profundidades. Es inquieta, arisca, se esconde.

El macho, parece todo de plata esmaltado. Es fuerte, hierne con las aletas. Las escamas son como pequeñas monedas: Vieran qué gracia tiene al nadar. Va como si le urgiera llegar a alguna parte. Nada casi a flor de agua. Se coge, atontándole con el candil. No sé qué le pasa, pero el hecho es que se detiene y entonces se machetea. Es del mar, sube al lago en el verano.

El sávalo real se adapta fácilmente.

Guapote hay de dos clases: barcino y lagunero.

El barcino es lindo, negro aterciopelado, el ojo amarillo.

La moga parece de oro, su carne es deliciosa. Anda en manadas. Son bulliciosos, navegan en aguas profundas, y están a la sombra que hacen los árboles en las aguas.

El bagre es el pirata del lago. Vive del robo, arrebatando lo que lleva la mojarra, busca los ponederos para comerse los huevos, sabe coger la carnaza sin el peligro del anzuelo. Cuando el pescador saca el anzuelo varias veces sin carnaza sabe que se trata del bagre, y entonces hay que mudar de pescadero. El bagre es el prototipo del vividor. Vive en todas partes, alegre, rápido, sale a la superficie, se esconde en un matón de lechugas, le sale al paso al *savalete*, que es muy tonto, y le disputa las sardinas del remanso y como nunca se sacia, sale en busca de nuevos atracos, pero si en la correría ve llegar un peje-sierra o un tiburón se echa de lado, sin respirar, descontrolado: Está muerto, viscoso, a merced de la ola, y el enemigo pasa de largo, pero el taimado no se mueve hasta que el enemigo se pierde de vista.

El hombre no ha llegado hasta allí en el disimulo.

Un pobre pez de aguas mansas es superior a él. La vida cerca del agua es triste. A la orilla de los ríos comunica la fugacidad, el correr sin detenerse de los días, la rapidez del tiempo. El hombre de río es un inconforme, un enfermo que quiere irse a cualquiera parte, a otro lugar, andar como las aguas del río: Quiere viajar, cambiar de paisaje. No echa raíces nunca.

El ribereño de lago es lo contrario, está enclavado. No piensa en nada. No quiere salir. El agua móvil o estancada se hace parte del alma, y así el hombre es como el agua que se le metió en el ser, y uno parece río por su variedad o lago por su encantamiento el otro. Los indios prinzco sobre el hermoso río Prinzapolca tienen todas las sinuosidades de la corriente, la profunda malicia del abismo y a ratos hasta la celestial serenidad del tablazo del río en Quamatla. El no quiere nada.

Qué quiere?

Apiasa.

A qué aspiras?

Apiasa.

Qué busca?

Apiasa.

Nada, siempre.

Casi no se viste, no come, no cree. Cuando se llega voluntariamente a esa total renunciación se es un San Francisco de Asís o un indio cualquiera de Prinzapolca.

---Los isleteños dan a sus botes nombres graciosos, como el chontaleño a su caballo, nombres que significan siempre viaje, ligereza, id y volver, vuelo: *El Zanate*, *El Sávalo*, *El Guía*, *La Paloma*, *Tragavientos*, *El Tiburón*, *El Relámpago*, *La Hoja*. Me daba gusto ver a la mimosa Jacobita Altamirano en un bote *Arco-iris* como si fuese la diosa de aquellas aguas, metida en un canal o saliendo del recodo de un bosque, rápida, canaleteando ella sola, levantando olas, haciendo chapotear el canalete, mojando al pasar al mirón y estallando de risa al perderse en una vuelta cercana, oculta por el ramaje de un mango que se inclina sobre las aguas. I uno queda sacudiéndose los millones de gotas que le echó encima el canalete de la diosa.

Los isleteños viejos cuentan consejas. Tienen fácil la imaginación para el misterio. Por las noches de viernes santo.

Tan presente que tengo a mi madre refiriendo la conseja chontaleña. Ella había visto el caballo, pero sin jinete. Resonaban las piedras de la callecita de San Miguel, cuando pasaba el caballo a la andadura a media noche, se paró en la casa vecina, golpeaba la tierra ya con éste, ya con aquél casco impaciente, tascando el freno, espumarageando la boca nerviosa, moviendo el bruto el noble cuello arqueado. Abrían la puerta y todo eran las sombras de la noche.

Había que creer a mi madre que pagaba de esa manera el tributo de su amor a todas las cosas de aquella tierra bendecida. Era chontaleña legítima.

En San Carlos y en los pueblos ribereños del Lago es "*la piragua penadora*".



---Fué jueves o viernes santo, preguntan a la vieja.

---Viernes, afirma élla. No te acordás?

Se ha visto un bote sin marinero, al garete, abandonado. Se le sigue creyendo que se ha ido del desembarcadero de alguna, y el bote solitario cuando ya lo tienen cerca desaparece, y luego se vé allá entre isla e isla, solo. Va playa afuera. Yo lo he perseguido ---cuenta el viejo José Albino Conde--- hasta que los calofríos del cuerpo me dijeron que no era cosa de cristianos.

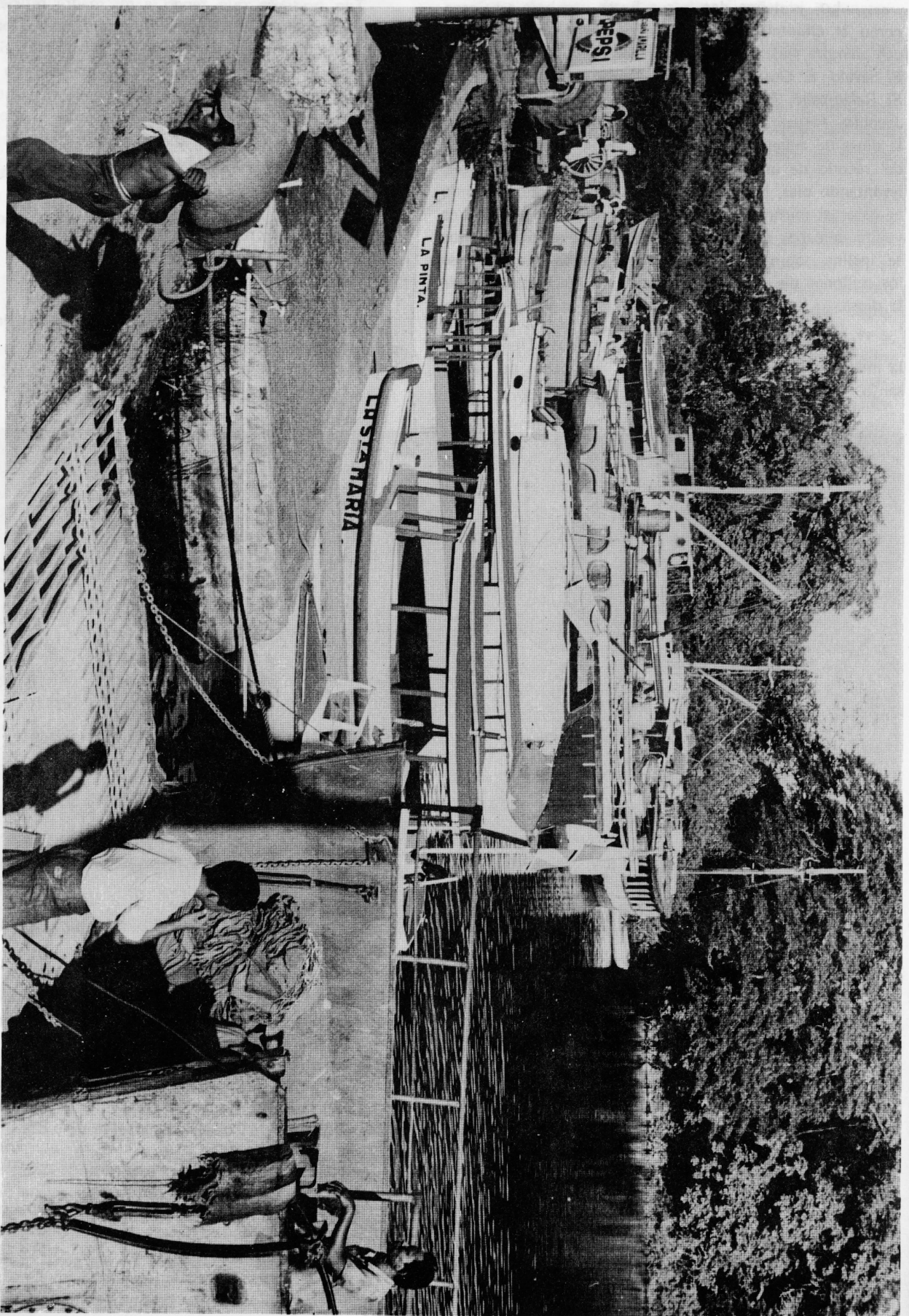
En Chontales es el caballo con jinete sin cabeza, resonantes los cascos, resoplando las narices inquietas, crugiendo el cuero nuevo de la montura, rechinando los hierros del freno.

Yo conocí un anciano llamado Daniel Thomas quien tenía una piragua *La Compañera* y aseguraba haberse cruzado con "*la penadora*". Fué una lancha que salió un viernes santo y no llegó nunca a su destino.

Ahora vaga eternamente sin rumbo. Llega a media noche del Viernes Santo, echa ancla, arrian las velas, se oye el ruido de la Cuadera, bajan el bote, y nada.

Son las encantadoras leyendas nacionales.

Nosotros tenemos todo de lo que están hechas las patrias: pasado, leyendas, héroes, brillantes mentiras, cuentos fabulosos, montañas hermosas, lagos adorables, dioses de piedra, antepasados cuyo origen es místico, poesía, volcanes en cuya cima se deshilachan las nubes. Todo.



Puerto de Piedras Pintadas